

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Soberanía alimentaria y agronegocios.

María Eugenia Pérez Ponsa.

Cita:

María Eugenia Pérez Ponsa (2009). *Soberanía alimentaria y agronegocios. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/346>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Soberanía alimentaria y agronegocios

María Eugenia Pérez Ponsa
IDAES/UNSAM
meperezponsa@hotmail.com

Introducción

La actual crisis alimentaria pone al descubierto el fracaso de las políticas neoliberales llevadas adelante a nivel mundial en las últimas décadas. En la actualidad se producen suficientes alimentos para alimentar a toda la población mundial, sin embargo una cifra superior al diez por ciento de la población padece hambre. Pero el problema no se encuentra en la cantidad de producción de alimentos sino al cómo se producen, quién los produce, cómo se distribuyen y cómo se accede a los mismos. El agronegocio y las corporaciones multinacionales han obtenido una alta concentración en todos los niveles de las cadenas agroalimentarias a nivel mundial. Las empresas trasnacionales controlan la producción de semillas y el mercado internacional de granos, los agroquímicos y pesticidas, la cadena de comercialización y el transporte. Muchos países han perdido la capacidad de autoabastecerse de alimentos y pasaron a depender del comercio internacional y de la asistencia humanitaria.

En nuestro país desde hace unos años asistimos a un proceso de fuerte avance del capital trasnacional y concentrado sobre el sistema agroalimentario. Nuestra producción y distribución de alimentos se basa en el desarrollo de un monocultivo, de gran escala, dependiente de insumos y fuertemente orientado al exterior como es el caso de la soja. Poco a poco, y como consecuencia de estos cambios, nuestro país va perdiendo la capacidad de alimentar a su propia población.

Trasformaciones en el modelo de producción de alimentos

El modelo agroexportador que existió en nuestro país hasta mediados de los años setenta incluía a los pequeños productores y a las economías regionales garantizando la provisión de alimentos para el mercado interno. Pero en la década del noventa se llevaron adelante profundos cambios en la estructura social y económica del país a partir de la implementación de reformas estructurales como la apertura indiscriminada de la economía, el ajuste fiscal, la ley de convertibilidad, la reducción del aparato administrativo, las privatizaciones de empresas públicas, la apertura a capitales extranjeros y la desregulación de mercados. Estas políticas limitaron el accionar estatal en el control de la producción y comercialización de alimentos encontrándose cada vez más regulado por las leyes del mercado y orientado a la satisfacción del mercado internacional de commodities.

En primer lugar uno de los principales impactos sobre el sector agropecuario fue la eliminación de los órganos de control que regulaban la actividad. Así en 1991 se eliminó la Junta Nacional de Granos, la Junta Nacional de Carnes, y los institutos estatales de promoción y apoyo a las economías regionales. La apertura comercial implicó entre otras cosas una modernización del campo argentino a través de la incorporación de mayor tecnología a partir de la importación de nuevas maquinarias e insumos. La liberalización de la economía agropecuaria y la revolución tecnológica fue defendida con el argumento de que generaría un desarrollo productivo importante bajando los costos de producción obteniendo alimentos más baratos. Pero este aumento de la productividad no se ha traducido en mejores precios al consumidor, sino que estos han aumentado desde la década del ochenta. (Teubal; 2002)

De la mano de estos cambios en la política económica de nuestro país, y profundizando un proceso iniciado en la década del setenta, comienza a ser hegemónico un nuevo modelo agropecuario caracterizado por la llamada “revolución verde” consolidada en nuestro país a partir de la proliferación del uso de semillas genéticamente modificadas, la implementación de la siembra directa, la masificación de agroquímicos y el cambio de la escala de producción. En primer lugar este proceso trajo modificaciones en el modo de producción debido al desarrollo biotecnológico que implica el uso de paquetes tecnológicos provistos por las grandes empresas transnacionales semilleras y de tecnología agropecuaria. Esta característica se ha visto profundizada a partir de la liberalización de la soja transgénica en 1996 por el entonces secretario de Agricultura y Pesca,

Felipe Sola¹. En ese año se aprueba el uso de la soja resistente al glifosato de la empresa Monsanto. Esto ha sido un punto de inflexión en la medida en que la soja transgénica se transformó en el modelo de agricultura a seguir en varios rincones del país. El objetivo siempre es el mismo: el uso de la biotecnología para una agricultura industrial volcada al mercado internacional. Hoy en día prácticamente la totalidad de la producción sojera es genéticamente modificada. La introducción de la soja RR, su asociación a la siembra directa y los altos precios internacionales, fueron los pilares sobre los que se apoyó el crecimiento de este cultivo, que representa el 43% de la superficie sembrada y el 44,4% del volumen de granos producidos a nivel nacional. Cabe destacar que los agroquímicos también han sido masificados de la mano de este aumento del uso de semillas genéticamente modificadas y resistentes a los mismos.

El aumento de la producción sojera comienza en los años ochenta, pero en los últimos años los números se han multiplicado. Según datos de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos la campaña 1980-1981 arrojó una cosecha de 3,7 millones de toneladas, la campaña 1990-1991 de 10,8 millones de toneladas y por último la de 2001-2002 estuvo en el orden de los 30 millones de toneladas. Las estimaciones para la presente cosecha calculan que de una producción total de 70 millones de toneladas, la soja aportará 35 millones. Además es importante recalcar que más del 95% del cultivo de soja es transgénico y que alrededor del 90% se exporta. (Domínguez y Sabatino; 2005)

Estos cambios en el modo de producción capitalista también se encuentran relacionados con procesos de concentración, centralización e integración vertical del capital desplazando a las pequeñas y medianas empresas de capital nacional. En el caso de las empresas dedicadas a la exportación de cereales se observa que pocas empresas (Cargill, Bunge, Nidera, Dreyfus, y AGD) concentran el 60% del volumen de granos exportados. Además el sector cuenta con una importante presencia del capital financiero mediante inversiones realizadas por pools de siembra o fondos de inversión. La inversión no radica en la compra de tierras sino en la compra de insumos, generando economías de gran escala comercial para poder obtener ventajas en el momento de negociación de la cosecha.

¹ En efecto, en 1996, mediante la resolución N° 167 de la SAGPyA (1996) “el Estado autoriza la producción y comercialización de la semilla y de los productos y subproductos derivados de esta, provenientes de la soja tolerante al herbicida glifosato de la línea 40/3/2 que contiene el gen CP4 EPSPS”.

La implosión del régimen de convertibilidad a fines del 2001 ha profundizado el perfil de especialización y de inserción internacional en base a ventajas comparativas asociadas a los recursos naturales y de algunas industrias productoras de commodities. En la actualidad asistimos a un modelo de producción y distribución de alimentos orientado al exterior, insumo dependiente, basado en la producción a gran escala y con un desarrollo de un monocultivo transgénico. La devaluación permitió a los sectores agropecuarios mejorar su capacidad exportadora, además de verse visto beneficiados por los altos precios internacionales de los cereales, oleaginosas y productos ganaderos.

Voces de resistencia: la soberanía alimentaria

Frente a estos cambios han surgido voces de resistencia de distintas organizaciones sociales como es el caso de la Vía Campesina. La misma es un movimiento internacional que coordina organizaciones campesinas, pequeños y medianos productores, mujeres rurales, comunidades originarias, gente sin tierra, jóvenes rurales y trabajadores agrícolas migrantes de distintos países². Estos movimientos consideran a la soberanía alimentaria como el derecho de los pueblos a contar con alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica. Además implica el derecho a definir propias políticas agrícolas, pesqueras, y de gestión tanto de la tierra como de los recursos hídricos y de las semillas. (Vía Campesina; 2007)

Pensar en términos de soberanía alimentaria es pensar en el desarrollo de mercados locales de pequeños productores, es decir un desarrollo rural endógeno basado en la economía familiar frente al modelo de los agronegocios. Además se invita a la participación directa de las poblaciones en el diseño de políticas de producción, distribución y consumo de alimentos, contraponiéndose a la lógica neoliberal de pasividad. Se piensa también en precios justos tanto para el productor como para el consumidor, disminuyendo o eliminando las intermediaciones.

Desde esta perspectiva la alimentación es un tema de seguridad y soberanía nacional por lo que un país no puede depender de alteraciones del mercado internacional para alimentar a su población. Cada país debe estar en condiciones de poder planificar sus estrategias de producción, distribución y consumo de alimentos para garantizar el acceso de éstos a su población. Entonces, frente a los cambios en el modelo antes analizados ¿podemos afirmar que nuestro país goza de soberanía alimentaria?

² Ejemplos claros de las formas de producción de la tierra propuestas desde el concepto de Soberanía Alimentaria lo constituyen las organizaciones como el Movimiento Nacional Campesino e Indígena (MNCI), integrado por organizaciones campesinas, indígenas y barriales de las provincias de Santiago del Estero, Córdoba, Jujuy, Salta, Misiones, Mendoza, San Juan y Buenos Aires; la Unión de Campesinos Poriájhú, de Chaco; el Movimiento Campesino de Formosa (MoCaFor); el Movimiento Agrario de Misiones (MAM); la Mesa de Organizaciones de Productores Familiares de la provincia de Buenos Aires, entre otros.

El avance de la soja y la soberanía alimentaria

Como ya dijimos la producción sojera representa el pilar fundamental de este modelo de agricultura industrial que se ha desarrollado en nuestro país. Pero este modelo trae distintas consecuencias para la soberanía alimentaria de nuestro país.

En primer lugar es posible identificar profundos cambios en la producción. Poco a poco la producción agropecuaria ha dejado de estar orientada a satisfacer el mercado interno, aumentando las superficies de cultivo sojero. Mientras la soja avanza en casi todas las provincias, las cabezas de ganado disminuyen y los demás cultivos se achican. Esto es así ya que la doble cosecha trigo-soja, ha desplazado a la ganadería como actividad de rotación incluyendo a los tambos y a gran parte de los cultivos industriales del interior. En el país del asado la producción de carne también se encuentra afectada debido a una disminución en la cantidad y calidad de campos destinada a la misma. Así se apela a la peligrosa herramienta de feed-lot, produciendo carne de mala calidad. Nuestras mejores tierras están destinadas a producir forraje para alimentar animales de otras latitudes para que sean otros los países que produzcan y exporten carne. Este modelo nos ha hecho llegar al extremo de venderle soja a Chile para que produzca carne aviar y porcina y la exporte, mientras que nuestro país importa ambos productos debido a la reducción de áreas ganaderas.

Esto repercute no sólo en la mala calidad de lo que comemos, sino en el precio de los alimentos al verse reducida su oferta por disminución de la superficie sembrada y por el aumento del costo de oportunidad de su producción. La diversidad de producciones (algodón, lentejas, caña de azúcar, leche, carne, arroz, etc.) que abastecían al país se redujeron frente a la uniformidad de la soja de exportación. Según fuentes oficiales, de 1996-1997 a 2001-2002 el número de tambos, se redujo un 27%, Igualmente, la producción de arroz descendió un 44%; la del maíz, un 26%; la del girasol, un 34%; la de la carne porcina, un 36%. Este movimiento fue acompañado de una subida vertiginosa del precio de los productos básicos de consumo: por ejemplo, en 2003 el precio de la harina subió un 162%, el de las lentejas, un 272% o el del arroz, un 130%. (Walter Pengue; 2004)

La soberanía alimentaria también se encuentra en crisis debido a la mayor dependencia tecnológica de las grandes corporaciones. Los productores dependen del uso del glifosato y la soja RR que es vendida por empresas multinacionales. Se ha desplazado a los agricultores como los sujetos sociales capaces de reproducir las semillas por el uso de éstas patentadas y comercializadas por transnacionales como Monsanto.

La eliminación de los pequeños productores que abastecían a los mercados locales no sólo tiene serias consecuencias sociales sino que también afecta directamente la soberanía alimentaria. Los grandes grupos concentrados vuelcan una gran parte de su producción al mercado externo afectando de esta manera las economías regionales. La desocupación rural, particularmente la de las pequeñas ciudades del interior, ha aumentado debido a la desaparición de los cultivos regionales y al ahorro de mano de obra que conlleva la producción sojera. El modelo de los agronegocios ha destruido gran parte de la agricultura familiar y de los trabajadores rurales. El avance del monocultivo sojero también ha generado consecuencias en los trabajadores del campo. Según Lapolla la producción de 500 hectáreas de soja RR genera sólo un puesto de trabajo, destruyendo así 9 de cada 10 empleos. La razón es que el tiempo de labranza de la soja transgénica es de 40 minutos/hombre/Ha, contra 180 del sistema tradicional. En cambio 100 hectáreas destinadas a la agricultura familiar producen 35 puestos reales, sin contaminación. Esta bajísima demanda laboral explica que hoy los trabajadores rurales apenas lleguen a 1,3 millón, con el agravante de que sólo un tercio trabaja en blanco. (Lapolla; 2004)

Además de las consecuencias antes desarrolladas, la expansión del monocultivo sojero ha impactado negativamente en el medio ambiente poniendo en peligro la biodiversidad del país. En primer lugar el cultivo soja-trigo sin rotación con ganadería genera una gran erosión de los suelos, produciendo un proceso de “agriculturalización” relacionado tanto al crecimiento de la agricultura por sobre la ganadería sino también a la expansión de la frontera agraria. Esta última ha llegado a zonas extrapampeanas como son las provincias de Chaco, Formosa, Salta y Santiago del Estero generando serios impactos no sólo en el medio ambiente debido al proceso de desmonte, sino también en las comunidades locales.

También es necesario destacar que la utilización de agroquímicos como el glifosato han multiplicado los casos de contaminación animal, vegetal y humana. Es el caso de la comunidad del barrio de Ituzaingó (entre muchos otros) en las afueras de Córdoba donde han sido seriamente afectados por las fumigaciones aéreas. El investigador Andrés Carraco, profesor de embriología de la UBA e investigador del CONICET ha denunciado los efectos devastadores del compuesto herbicida sobre los embriones humanos. Carraco ha sufrido amenazas, campañas de desprestigio y presiones políticas.³ Debemos remarcar que cada cosecha record que celebramos esconde un fuerte impacto ambiental poniendo en juego el futuro.

³ Reportaje publicado por Pagina/ 12. 3 de mayo de 2009

De todos modos es necesario remar que la soja no es mala en si misma. Con otra regulación se podría haber no sólo aumentado las exportaciones y por lo tanto los ingresos del país, sino que también poder cumplir con otros objetivos deseables para el desarrollo agropecuario, como la mejora en la provisión de alimentos accesibles a la población y un desarrollo regional mas integrado.

Reflexiones finales

Luego de haber analizado los costos económicos, sociales, ambientales y de salud pública es necesario realizar algunas consideraciones finales.

La alimentación es un derecho humano básico, todos y cada uno deben tener acceso a alimentos sanos, nutritivos y culturalmente apropiados, en cantidad y calidad suficiente para llevar una vida sana y digna. Cada nación debe declarar el derecho de acceder a los alimentos como uno de carácter constitucional y garantizando el desarrollo sustentable del sector primario para asegurar la realización plena de este derecho fundamental para todo ser humano y sociedad.

En nuestro país la actual producción agropecuaria no está dirigida a producir alimentos para nuestra población, es decir no responde con políticas de seguridad y soberanía alimentaria. La producción agropecuaria está orientada a satisfacer las demandas de los países centrales, de los empresarios locales y del Estado con el fin de obtener divisas, dejando de lado las necesidades de alimentación de la población local. Entonces nos encontramos en presencia de dos modelos de desarrollo posibles: el del agronegocio que implica la subordinación de la producción agropecuaria al capital internacional, y el de la soberanía alimentaria relacionada con la producción sustentable para el mercado interno.

El abandono de la rotación agricultura-ganadería, el desplazamiento de las economías regionales y las producciones familiares, y el avance del monocultivo de la soja RR, han logrado comprometer la base productiva de alimentos para las próximas décadas. El aumento de producción de soja por sobre otros cultivos destinados a la producción de alimentos restringe tierras destinadas a los mismos aumentando los precios finales al consumidor. Frente a este modelo es necesario pensar en términos de soberanía alimentaria a través de proyectos destinados a fomentar la diversidad productiva, la sustentabilidad ambiental y la democratización del uso de tecnologías. Es decir pensar

en políticas públicas no cortoplacistas que apunten a asegurar la alimentación de las futuras generaciones. La solución, como hemos visto, no estará en aumentar la escala de producción, sino que será necesario implementar una política alimentaria que abarque tanto a la producción, la comercialización y el consumo de alimentos.

Bibliografía

- -Aguirre, P (2005).Estrategias de consumo. Qué comen los argentinos que comen. Miño y Dávila. Buenos Aires
- -Carrasco, Andres. 3/05/2009 en Pagina/12
- -Declaración de Nyelení (febrero de 2007)- Conclusiones del Foro por la Soberanía Alimentaria Malí.
- -Domínguez, Diego y Sabatino, Pablo (2005), "Con la soja al cuello. Crónica de un país hambriento productor de divisas". En H. Alimonda (comp.) *Los tormentos de la materia. Contribuciones para una ecología política latinoamericana*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO. Cáp. 14
- -Domínguez, Diego, Lapegna, Pablo y Sabatino, Pablo 2002 "Soberanía Alimentaria y Seguridad Alimentaria: problemas políticos y polisemia conceptual", ponencia presentada al Congreso Anual de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU) Noviembre.
- -FAO 1996. "Declaración Final de la Cumbre Mundial Sobre la Alimentación". Roma, en www.fao.org
- -Giarracca, Norma y Teubal, Miguel (Coordinadores) (2005), El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad. Alianza Editorial. Buenos Aires.
- -Lapolla, Alberto. (2004) Del granero del mundo al hambre generalizado. www.ecoportal.net/content/view/full/25944
- -Pengue, W: (2004) Soja ¿El Grano de la Discordia? www.ecoportal.net/content/view/full/25944
 - Patel, R (2008) Obesos y famélicos. Globalización, hambre y negocios en el nuevo sistema alimentario mundial. Ed Marea. Buenos Aires
- -Teubal, Miguel y Rodríguez, Javier (2002), Agro y Alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica, Caps 6 a 8 Editorial La Colmena.
- -Teubal, M (1995) Globalizacion y expansion agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina? Buenos Aires, Editorial El Corregidor.
- -Teubal, Miguel 11/05/2003, "El nuevo perfil agropecuario: republiqueta sojera", en Página/12.